

Galería de personajes. Marisa, la contable

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

¿Usted, quién es? Me espeta Marisa. Pero, mujer, si acabamos de tomar café abajo. El de la dieta del Erasmus. Vamos a ver. Ahora estoy ante el ordenador. No conozco a nadie. Dígame su nombre. José Antonio Martín. Su segundo apellido, por favor. Mendoza. Dígame, señor Mendoza, no señor Martín, los trayectos. Primer trayecto. De Granada al aeropuerto. No, señor. La Universidad no paga eso. Pues, Granada-Madrid. ¿Avión o tren? ¿Por qué no ha escogido tren? No me daba tiempo. Eso no es cuestión. Siguiendo trayecto: Madrid-Francfort. ¿Por qué ese horario? Me tendría que levantar a las tres de la mañana. Es que el siguiente tramo es bastante más caro. Y ¿qué hago yo? Yo sí que no intervengo en esto. Lo consultaré a Pedro. El interventor no está por la labor. En Francfort tuve que coger un taxi. Vale. Factura. Correcto. La factura de la comida no me sirve; no se la pago, porque en la Universidad hay un staff para profesores donde puede comer más barato. Ya, pero yo no lo sabía. No se puede pagar. En resumen, haciendo cuentas firme aquí. Le ingresaremos 327 euros en su cuenta. ¿Cuándo me llegará? Eso no es de mi incumbencia. La Universidad le garantiza que le llegará. No se preocupe. Somos buenos pagadores.

Me tuve que apartar porque llegaban seis profesores encorbatados. Marisa los miró y no se inmutó. Pensó para sus adentros. Otros que me vienen con sus circuitos. A ver, me dan los papeles de dieta. Solo el profesor Patarroyo viene a cobrar, los demás somos acompañantes. Menos mal, dijo Marisa. ¡Qué mañanita llevo! Lllaman por teléfono. Descuelga, habla, la voz no le llega a la boca. Tiene la cara sonrosada, arrodalada, poco agradable. A ver, quién es el Sr. Matarroyo o Patorroyo. Debe firmar los papeles por quintuplicado. Primero, si Ud. quiere le decimos el trayecto. Bogotá, París, Madrid, Granada. Es necesario, pregunta Marisa, que ese señor salga de Bogotá. Imprescindible, trabaja allí. Trabajo temporal o permanente, precisa la Marisa. Pertenece a la Universidad Nacional de Colombia, le apunta uno de los acompañantes. Pero Colombia paga algo, bisbisea Marisa para sus adentros. Aquí llega cualquiera, reflexiona Marisa, y le damos todo el dinero del departamento, hala.

Se va la comitiva. Marisa se queda ordenando papeles ante el ordenador. La llaman de nuevo. Se queja de que no ha salido al descanso de las once. Estornuda, estornuda. Yo le digo: eso se quita con agua de mayo. Se queda ensimismada. Ha probado varias medicinas y apaños. La alergia no la deja descansar. Vuelve a estornudar. ¿Qué medicina dice usted

que me la quita? Agua de mayo. Se me queda mirando con los ojos enrojecidos. Sí, agua de mayo. Sí, se le quita cuando llueva en mayo. Me alejé para que no explotara, al tiempo que llegó una compañera con otros papeles de dieta.

Al final de mi recorrido por distintos departamentos de contabilidad, me acerqué a despedirme de Marisa. Marisa escuchaba las quejas de un profesor. Me ha dicho el interventor que no cobraré hasta el año que viene. Claro, dice Marisa, el 10 de diciembre se cierra el presupuesto. El mes de enero es inhábil para operar; a partir del 10 de febrero se abre el programa Ciclopeus y se pagará por orden estricto de entrada. Eso si el Rectorado no decide enjuagar (sic) las deudas con los saldos de los departamentos. Pensé para mis adentros: seguro que es cuestión de fuerza para poder cobrar. En mi vida he visto a una empresa en que el trabajador preste dinero para que funcione o que te quiten los ahorros para compensar deudas de otros. Como decía don Quijote: cosas veredes, amigo Sancho.